

Achicar la sentina de la historiografía venezolana

Germán Carrera Damas

Profesor titular, jubilado. Escuela de Historia, UCV

Cátedra José de Oviedo y Baños¹.

Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Educación

Universidad Central de Venezuela

Conferencia inaugural. 25 de noviembre de 2005.

Comenzaré por dejar constancia de que considero un alto honor, profesional e intelectual, el haber sido designado por las autoridades de la Escuela de Historia y de la Facultad de Humanidades y Educación, de la Universidad Central de Venezuela, para dictar la Conferencia Inaugural de la Cátedra “José de Oviedo y Baños”. Sumo este honor al de haber realizado toda mi labor docente como profesor de esta Escuela de Historia, lo que hago presente al firmar mis trabajos y al participar en las actividades académicas propias de mi ejercicio de historiador. Aunque jubilado, sigo perteneciendo a mi Escuela, como acostumbro decir, no porque ella me pertenezca sino porque le pertenezco.

Al amparo de esta invocación, y en cumplimiento de mi deber social de historiador, vengo ante ustedes con la disposición de ánimo de un colega, compañero, y deudor a esta institución de lo fundamental de su formación profesional, movido por la aspiración de aportar puntos de vista que pudieran contribuir a la reflexión que compartimos sobre algunas de las cuestiones que afectan el desarrollo de la historiografía venezolana, y por ende al aprendizaje y al ejercicio de la función docente y a la investigación científica en historia.

¹ La inauguración de la Conferencia anual José de Oviedo y Baños, el 25 de noviembre de 2005, fue el acto inicial de la conmemoración del 60º Aniversario de la fundación de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela.

En tiempos recientes se ha acentuado en nuestra sociedad el desfase entre el momento histórico y la conciencia histórica. La sociedad experimentó, durante la segunda mitad del siglo XX, una transformación tan extensa y acelerada, en términos estadísticos y cronológicos, como diversa y profunda, en términos de su alcance temático y de su respectiva proyección conceptual. Quizás sea la más acabada y evidente manifestación de esta transformación la inversión de la relación entre la sociedad rural y la urbana. Para apreciar mejor este acontecimiento, me permito observar que la República Popular China se propone completar, en tres o cuatro décadas, la incorporación a la vida urbana de aproximadamente la mitad de su actual población rural. Este proceso ocupó en Venezuela unas tres décadas, al mismo tiempo que se incorporaron a la vida urbana casi un millón de inmigrantes europeos y una o dos veces más de inmigrantes latinoamericanos.

Como resultado de este cambio demográfico, espacial y cultural, la sociedad venezolana se halló casi súbitamente subvertida por los efectos de un acelerado proceso de urbanización. La simultaneidad de este proceso con el inicio de la instauración del régimen sociopolítico democrático, auspiciado e impulsado por los requerimientos ideológicos y estratégicos de la Segunda Guerra Mundial, no sólo trastornó las relaciones campo-ciudad, sino que generalizó en la totalidad social modos y procedimientos sociales y políticos que requerían una reformulación profunda de los valores agrupados en la conciencia nacional. Comenzó la transformación de una sociedad casi absolutamente agraria en una sociedad predominantemente urbana, lo que en toda sociedad ha sido el detonante de imprevistos cambios sociales y culturales, cargados de consecuencias políticas.

Estos cambios ocurrían enmarcados en formas de pensamiento y de comprensión de la historia que correspondían a una sociedad agraria. En consecuencia, se requería un poderoso y sostenido esfuerzo de revisión de valores, y de formulación de valores de recambio, para lo cual era imprescindible el enriquecimiento crítico de la conciencia

histórica. Pero ésta había entrado en la segunda mitad del siglo XX abrumada por el peso de una historiografía arremansada en valores y criterios decimonónicos, que prolongaban su agonía al amparo de instituciones anquilosadas y del irresponsable manejo de la conciencia histórica por políticos, pedagogos e intelectuales. La genuina historia oficial se afanaba en cerrarle el paso a todo intento renovador del conocimiento histórico y velaba por la preservación de valores contrapuestos con la modernización de la sociedad y adversos a la institucionalización del sistema sociopolítico democrático.

Por ello, si algo caracterizó la segunda mitad del siglo XX, desde el punto de vista de la historiografía venezolana, fue el inicio de un enfrentamiento franco, directo y sostenido con la caduca historiografía, librado con el fin de replantear la conciencia histórica del venezolano, reduciendo el desfase entre ella y el momento histórico. Justificadamente, se vio en este enfrentamiento un recurso para impulsar la modernidad y la implantación de la democracia. La fundación de la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela fue un acontecimiento clave en este combate, del que ha salido victoriosa la nueva historiografía venezolana. Por ello debe valer esta ocasión para rendir homenaje al Profesor J. M. Siso Martínez, su Director fundador, a los profesores y las autoridades universitarias que con su esfuerzo consolidaron la Escuela, y a los centenares de egresados que han llevado a diversos escenarios pedagógicos la visión científica de la historia adquirida en esta Escuela de Historia.

No ha sido ni es una lucha fácil, la entonces emprendida y hoy proseguida por los egresados de esta Escuela. Por no haber sido ni ser fácil, esta lucha ha requerido la superación de muchos obstáculos. Como es normal en historia de la historiografía, si bien la lucha ha dejado un legado de significativas victorias, también ha dejado residuos de naturaleza conceptual y metódica que hoy, al favor de circunstancias sociopolíticas regresivas, amenazan con ensanchar de nuevo el desfase entre el momento histórico alcanzado por la sociedad, en lo estructural y sociopolítico, y la conciencia histórica, hasta el punto de devolverla a los inicios del Siglo XX, y en algunos aspectos

considerablemente más atrás. Es decir, se están creando las condiciones para que tengamos que librar un nuevo combate, esta vez por la preservación y ampliación de los grandes avances logrados, para el beneficio de quienes envejecemos en el oficio, pero en especial para el de quienes se inician en él.

* * * *

Mis palabras pretenden llamar la atención, en particular la de los jóvenes historiadores, sobre el hecho de que, igual que las embarcaciones, la historiografía tiene su sentina, en la que se recogen y acumulan residuos de diversa naturaleza, y que periódicamente es necesario achicarla. Numerosos y reiterados indicios me permiten decir que en el caso de la historiografía venezolana hemos llegado al momento en que es vitalmente necesario desechar los residuos que procedo a enunciar, sin que pueda extenderme en la justificación de mi selección, y dejando el hacerlo para el debate que deberán llevar adelante los jóvenes historiadores de hoy, para quienes su vocación de historiadores marche pareja con un claro sentido de responsabilidad social y cuenten ellos con una buena porción de coraje intelectual.

A estos efectos me ocuparé, muy sumariamente, de las siguientes cuestiones: 1.- *El culto heroico decimonónico.* 2.- *El materialismo histórico fosilizado.* 3.- *La historia amena.* 4.- *La historiografía como parte de las bellas letras.* 5.- *La conciencia criolla y el dominador cautivo.* 6.- *La valoración de la raíz hispánica y su ubicación entre los componentes de la sociedad criolla.* 7.- *El autoritarismo monárquico-caudillista.* 8.- *La creencia de que el pueblo es el actor de la historia.* 9.- *El militarismo rudimentario.* 10.- *La democracia como escuela de libertad, no como panacea para curar los males sociales.* 11.- *El discurso revolucionario y la “refundación” del saber histórico.* 12.- *Cierto descenso en el celo técnico y metodológico.* 13.- *El peso de conceptos superados por la evolución histórica de la sociedad venezolana.* 14.- *Deterioro y debilitamiento de la interacción con las ciencias auxiliares.* 15.- *La limitada visión de la historia de*

Venezuela. 16.- La perversión de la conciencia crítica y el cumplimiento del deber social del historiador.

Antes de entrar a comentar brevemente cada una de estas cuestiones cabe advertir que algunas de ellas son rebrotes de tradicionales problemas, otras son variaciones o nuevas modalidades de los mismos, y algunas pocas representan nuevos retos planteados al historiador. Séame permitido recordar, para que sirvan de aval a las apreciaciones precedentes, que en 1961 intenté enunciar las que consideré que eran las 12 características fundamentales de la historiografía venezolana. Basándome en el seguimiento de esta plataforma conceptual, propuse en 1985 algunas ideas “Para una caracterización general de la historiografía venezolana actual”. Es razonable, por consiguiente, pensar que entramos hoy en una tercera fase del combate que libramos todos por la consolidación y el desarrollo de la historiografía científica en nuestro país.

* * * * *

1.- *El culto heroico decimonónico.* Éste se ha confirmado, en tiempos recientes, como una gran amenaza contra la conciencia histórica del venezolano. Tal ha sido el resultado, ahora exacerbado, de la conversión de este culto en una suerte de segunda religión, estructurada sirviéndole de eje el culto a Bolívar. A su vez, este último ha sido transformado de *un culto del pueblo* en *un culto para el pueblo*, y por lo mismo en una ideología oficial consagratoria del atraso en el orden de las ideas sociopolíticas, y en una sima de la conciencia histórica del venezolano en la cual se hunde buena parte de su creatividad. Varios historiadores, a la de quienes sumé mi preocupación, y escritores críticos, dieron en su momento y en términos equivalentes la voz de alerta sobre este peligro. Hoy puedo decir, lamentándolo, que nos quedamos cortos al expresar nuestros temores por los perversos efectos de esta transgresión cultural por un cambio de código: de una tradición se ha hecho una manipulación.

2.- *El materialismo histórico fosilizado.* Me refiero, específicamente, al materialismo histórico de manual o catecismo que, por consistir sólo en preceptos carentes del asidero de una metodología propia, jamás desarrollada, no halló dificultad en entroncar con la más rancia historiografía *patria y nacional*, apropiándose de sus resultados con el sólo añadido de algunos conceptos calificados de revolucionarios. De instrumento para el estudio científico de la sociedad, que se propuso ser, el materialismo histórico ha sido convertido por sus usuarios acríticos en una rémora que estorba el desarrollo del conocimiento científico en historia. Quede a salvo, sin embargo, la certidumbre de que en el reino de la historiografía nada sucede en vano. Por consiguiente, una de las tareas que tendrá planteadas el historiador del futuro será separar en la proposición materialista, como lo ha hecho con otras proposiciones histórico-filosóficas, el metal del magma.

3.- *La historia amena*, ha sido, de siempre, un subproducto, más que un producto derivado, por no decir desviado, de la historiografía. No obstante, también en él hay cumbres, que no pueden ser subestimadas. Pero su cultivo encierra una amenaza potencial para la investigación científica en historia, consistente en que el historiador corre el riesgo ceder a la tentación de la fácil difusión, que con los medios modernos llega a convertirse en muy difícilmente resistible, puesto que podría acarrear lucro y notoriedad. No se cultiva la historia científica para entretener a quien carezca de motivación científica. Esa historia habla al intelecto, y debe hacerlo regida por la convicción de que trabaja con valores que encierran la clave tanto de incontables beneficios, -al cimentar valores sociales-, como de no menos peligros, en la medida de que éstos últimos ofusquen el entendimiento de la historia o contribuya a distraer la conciencia pública de fundamentales compromisos éticos.

4.- *La historiografía como parte de las bellas letras* representó, durante mucho tiempo, un terreno en el que historiografía y literatura se codeaban y no pocas veces se confundían. Obviamente, no me refiero a la novela histórica, género literario de

exigente cultivo. Me refiero al resultado de cuando el cuidado estilístico, siempre recomendable en el historiador, deriva en el uso marcadamente literario del lenguaje. Lejos de mí todo intento de negar la poesía como vehículo para la captación de lo real; sólo que si bien esta posibilidad abre camino también a la percepción de lo esencial en lo real histórico, no lo abre a la comprensión ni mucho menos a la explicación de lo histórico, y son estas operaciones, justamente, las que rigen el ejercicio de la investigación científica en historia. Nuestra historiografía puede ufanarse de contar con varios ejemplos de acertada conciliación entre la búsqueda del conocimiento y la airosa expresión del mismo. Justamente, esta Cátedra rinde homenaje a quien alcanzó un resultado ejemplar en esta delicada conciliación de saber y estilo, con su obra **Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela**, publicada en 1723, cuyo prólogo es aleccionador: “El estilo he procurado salga arreglado á lo corriente, sin que llegue a rozarse en lo afectado, por huir el defecto en que incurrieron algunos historiadores modernos de las Indias, que por adornar de exornadas locuciones sus escritos, no reusaron usar de impropiedades, que no son permitidas en historia”... Acatando este precepto, no puedo menos que sugerir la reconsideración de algo que amenaza convertirse en una tendencia, la de bautizar capítulos y hasta obras con títulos muy inspirados que poco o nada anticipan de los contenidos; o la de llenar capítulos con sutilezas y juegos de ingenio que muy poco aportan en cuanto a conocimiento histórico.

5.- *La conciencia criolla y el dominador cautivo*. Una de las actitudes más opuestas al desarrollo de la investigación científica en historia corresponde a la vigencia del fenómeno sociocultural que he denominado *la conciencia criolla*. En su gestación y desarrollo esa modalidad de la conciencia hizo del criollo un dominador cautivo, en el sentido de que su ubicación en la escala del poder social estaba condicionada por su afán de identificación con el patrón metropolitano. El grado alcanzado en esta identificación con el componente metropolitano del poder colonial, autorizaba al criollo a diferenciarse tanto de los aborígenes como de los mestizos, y validaba su dominación derivada sobre los mismos. La perdurabilidad de este fenómeno sociocultural hizo que en la República cambiase la metrópoli, pero no la actitud, en la cual se reúnen la

imitación cultural y la subordinación conceptual. Al manifestarse hoy como subordinación intelectual y científica, respecto de autoridades intelectuales cuyo producto no ha contemplado lo americano, y menos aún lo venezolano, esta nueva versión de la conciencia criolla inhibe la creatividad, y nos brinda como resultado un conocimiento, incluso de lo nacional venezolano, que tiene mucho de convencional, mientras los practicantes de esta subordinación quedan como dominadores cautivos, en el sentido de que su predominio sociocultural se nutre de la subordinación respecto de culturas tenidas por paradigmas.

6.- *La valoración de la raíz hispánica y su ubicación entre los componentes de la sociedad criolla.* Me permitiré proponer a la consideración de Uds. dos vertientes de una trampa ideológica descabellada, pero que debe causarnos justificada alarma. La primera vertiente consiste en que el antihispanismo decimonónico, secuela de la cruenta y prolongada disputa de la independencia, ha encontrado relevo en la reivindicación desorbitada de lo indígena y del aporte demográfico forzado de procedencia africana subsahariana. Dejando de lado lo que en esta vertiente pueda haber de motivación artificial e imitativa, es un signo positivo el que por este medio se contribuya a suscitar una rectificación de la conciencia criolla. Pero es contrario a nuestra conciencia histórica querer sustituir la conciencia criolla por una anticriolla. No sólo se ha pretendido igualar la contribución de los tres componentes, sino que se ha querido asignar papeles y otorgar certificados de predominio, por la vía de la proclamación del llamado *indigenismo* y del llamado *afrovenezolanismo*. Mediante una peculiar pseudo revisión de la historia, se buscaría disminuir y hasta desconocer al criollo en su condición de principio activo en la forja de una sociedad y una cultura. En pocas palabras, para desarmar esta trama el historiador debe asumir decididamente el reconocimiento de que nuestra formación social y cultural es criolla, que fue forjada en el ámbito de valores esencialmente cristiano-católicos, y que en ese tronco hispánico-canario, fundamental y determinantemente, se han integrado el aporte básico aborigen,- históricamente no menos fundamental, pero en nuestro caso si menos determinante-, y

el negroafricano, históricamente coadyuvador incidental. La segunda vertiente concierne al fondo de esta conspiración contra la conciencia histórica del venezolano: el objetivo es privarla de la capacidad de satisfacer las demandas fundamentales de la conciencia social y por ende de su expresión política. Esas demandas corresponden a las nociones de procedencia, pertenencia y permanencia. Ellas son la base de la conciencia nacional. Los venezolanos hemos fundado esa conciencia en una creciente comprensión científica de nuestro origen, en el orgullo de nuestra pertenencia y en la certidumbre de que perduraremos como sociedad libre e independiente. Estos atributos de nuestra existencia nacional tendrían que desaparecer para hacer de nuestra sociedad una masa amorfa y maleable, en aras de propósitos ajenos a nuestra personalidad histórica.

7.- *El autoritarismo monárquico-caudillista.* El deliberado desconocimiento, por la historiografía venezolana, de la original condición genuinamente monárquica colonial de la sociedad venezolana, ha desorientado la comprensión del fenómeno psico-social denominado caudillismo. Partiendo de esta negación, se han conjugado los trabajos del materialismo histórico fosilizado y del cientificismo sociopolítico euro occidental. En consecuencia, se han buscado explicaciones sociológicas que desembocan en la concepción de una sociedad poco menos que irremisiblemente autocrática. Para el caso se omiten dos consideraciones básicas. La primera consiste en que el caudillismo apareció original e inicialmente en el campo de los defensores del poder colonial; y, segunda, que obedeció al propósito de restaurar el absolutismo real y, en lo sucesivo, de substituirlo en la tarea de embridar la sociedad. No guarda ninguna afinidad con la república moderna liberal y menos aún con la democracia. De manera que la noción de un caudillo democrático es conceptual e históricamente antitética.

8.- *La creencia de que el pueblo es el actor de la historia.* No se trata de la vieja discusión acerca de si la historia la hacen los individuos o la hacen los pueblos. Tampoco acerca de si la hacen los pueblos y la conducen los individuos. Ver la historia como una historia de sociedades permite corregir el efecto distorsionante de la visión de

la historia en función de las formas de organización social (Estados o naciones), de producciones predominantes (ciclo del café, del petróleo, etc.) o de individuos representativos de regiones o profesiones. La historia de sociedades exige una visión comprehensiva tanto de los actores como de los factores, y los factores son colectivos e individuales. La creencia, determinada por el materialismo histórico fosilizado, de que la historia económica *es* la historia, acarreó el desprestigio de la historia política, y con ello condujo al debilitamiento del papel del individuo en la historia, -e inclusive en la sociedad- , por cuanto éste es notorio en la historia política y es difuso en la económica. Cuando, como efecto de la abolición de la monarquía, la abstracción pueblo substituyó a la abstracción Dios, en el papel de fuente simbólica del poder público, el dado de baja fue Dios, no el individuo.

9.- *El militarismo rudimentario.* Carece de sentido la discusión acerca de si los regímenes militares que han reinado sobre la sociedad venezolana son o no genuinamente militaristas. En la apreciación de esta controversia influye la circunstancia de que no hemos medido con propiedad la profundidad del trauma causado por la abolición de la monarquía. Catorce años de guerra, y sus secuelas, obedecieron más a este hecho que a la disputa de la Independencia, puesto que la condición independiente no era incompatible con la monarquía, como quedó demostrado con actos en Haití, México y Brasil, y en grado de frustración en el Perú.

Llegado a este punto me tomaré una licencia, con el fin de ilustrar lo que llevo dicho y diré sobre los posibles efectos de los residuos recogidos en la sentina de la historiografía venezolana. El estudio de la historia comparada de América latina, y un renovado enfoque crítico de la de Venezuela, me han llevado a escribir lo que acabo de decirles sobre la significación de la abolición de la monarquía en la disputa de la Independencia. Es el caso que en enero de 1979 escribí, en el estudio introductorio a la segunda edición de mi **Historia de la historiografía venezolana. Textos para su estudio**, lo siguiente: “Historiografía venezolana es la que se inicia con el planteamiento de la ruptura del

nexo colonial, lo que se produjo a fines del siglos XVIII y comienzos del XIX. Esto hace menos de dos siglos a historiar: un conjunto de sucesos entre los cuales el más relevante, con proyección más intensa, profunda y prolongada, es justamente la ruptura del nexo colonial”.

La necesidad de fundar históricamente el Proyecto Nacional condujo a la negación estratégica de la condición monárquica de la sociedad implantada colonial venezolana. En los hechos, los gobiernos militares han estado más cerca de la monarquía absoluta que de la República moderna, aún cuando algún dictador avisado mantuviera las apariencias institucionales republicanas. No obstante, perdura una concepción militarista del poder que se ampara en algunas de las muchas ideas de Simón Bolívar y en la falsa creencia de que la República fue una obra de los militares estorbada por los civiles, falsa creencia que ha llegado a configurar una tramposa corriente de pensamiento de la que ha demostrado participar buen número de civiles.

10.- *La democracia como escuela de libertad, no como panacea para curar los males sociales.* Si la herencia monárquica, entendida como conciencia monárquica, ha sido tenaz en su condicionamiento de la vida social y política de los venezolanos, la república autocrática ha sido el puente transitado por esa conciencia hacia la república democrática. No es razonable comparar la fuerza y el arraigo de estas modalidades del poder público, sobre todo de las dos últimas con la primera. Como tampoco es razonable el no comprender que puesta en esas condiciones la democracia no puede ser sino una escuela de libertad e igualdad, y de ninguna manera cabe cargársele la responsabilidad de realizar programas socioeconómicos ajenos a la esencia de la república liberal democrática, programas que han resultado irrealizables incluso para sociedades de tendencia socialista autocrática. No obstante, el fenómeno sociopolítico que he bautizado como la Larga marcha de la sociedad venezolana hacia la democracia, expresa la que ya es razonable considerar como una tendencia histórica definida, que

configura la democracia, cada día más como un destino histórico y cada día menos como una opción.

11.- *El discurso revolucionario y la “refundación” del saber histórico.* El prejuicio del progresismo social ha llevado a envolver la elaboración historiográfica en el discurso revolucionario, si no a sustituirla por él. Una perspectiva histórica prolongada, y enriquecida durante la segunda mitad del siglo XX, muestra cómo el discurso revolucionario puede ser rémora y lastre en la evolución histórica de las sociedades. Esto tiene consecuencias graves en lo concerniente a la comprensión y la interpretación críticas de la historia. Así, la Independencia nacional sigue siendo considerada, por los “refundadores” del saber histórico, en situación de riesgo, casi en los mismo términos en que se le vio al ser amenazada por la Santa Alianza. Así, los caudillos populares son vaciados de su conservadurismo y elementalidad para presentarlos como revolucionarios arquetípicos. Así, la disputa de la Independencia ha sido y es utilizada como una coartada del poder, sobre todo del autocrático, al ser declarada una obra inconclusa en espera de un heredero vocacional de Simón Bolívar, que la complete o perfeccione. Quizás sea la más truculenta consecuencia del discurso revolucionario el que los discípulos del materialismo histórico fosilizado, haciendo válidos retrospectivamente los postulados de la revolución agraria antiimperialista, promovieran la discusión sobre si la Independencia fue o no una revolución, ignorando el alcance, como hechos revolucionarios de la más alta instancia, de la abolición de la monarquía, la instauración de la República moderna liberal y la condena, y al cabo la abolición, de la esclavitud. Quienes hemos madurado, y algo más, en el ejercicio del oficio de historiador, hemos llegado al convencimiento de que las voces que han decretado el fin de la historia, o que han pretendido *refundarla*, forman un capítulo, por cierto no el más luminoso, de la historia de la historiografía, porque al intentar cortar el curso de la historia sólo revelan no haber comprendido su naturaleza.

12.- *Cierto descenso en el celo técnico y metodológico.*- En contraste con los muchos y valiosos logros de la nueva historiografía venezolana, se advierte un relativo descuido

en lo concerniente a las técnicas de la investigación documental y los preceptos metodológicos. Este descuido ocurre como el ya frecuente abandono de técnicas básicas, manifiesto en las citas genéricas y en la confusión entre cita y mención, todo en desmedro del principio rector de la historia como conocimiento a partir de pruebas, que compromete a dirigir al lector crítico hacia las fuentes cuidadosamente identificadas y ubicadas. En lo metodológico, no es menos frecuente la subversión del plan general del estudio histórico, perceptible en la poco rigurosa formulación de hipótesis, que terminan por ser confundidas con simples preguntas; y es palmaria en la substitución de la comprobación crítica de los aportes historiográficos por alardes de falsa erudición, consistentes en la invocación exagerada de autoridades, que en algunos casos ha convertido el discurso histórico en un ensayo bibliográfico, si no en una suerte de bibliografía comentada. Quizás no sea del todo innecesario recordar que la aspiración científica de la investigación histórica radica, precisamente, en que ella se afana en componer y respetar una metodología propia.

13.- *El peso de conceptos superados por la evolución histórica de la sociedad venezolana.*- Me refiero a conceptos tales como “la deformación de la economía nacional”, para referirse a los efectos de la explotación petrolera; el “Estado rentístico”, sin tomar en cuenta que la concesión de privilegios exclusivos y monopolios, sobre minas y otros recursos naturales, data de los congresos de la Gran Colombia, y que hace alrededor de tres décadas que la nacionalización del petróleo y del hierro clausuró esa etapa, si es que fue tal, de la evolución socioeconómica de la sociedad venezolana. Me refiero, igualmente, a la ligereza de calificar de “democrático” a un régimen político por el hecho de no haber tenido “presos políticos”, y de no quitarles a los venezolanos lo que ningún gobierno puede darles ni quitarles, es decir la libertad. Me refiero, también, a seguir repitiendo el lema “sembrar el petróleo”, asociando tal cosa con el crecimiento y desarrollo agrícola y pecuario. Esto sea dicho amén de conceptos gastados como lo son “populismo” y “clientelismo”, asociándolos con tendencias de la evolución de la sociedad venezolana y no, como corresponde, con mecanismos de la formación, el

ejercicio y la finalidad del poder público, activos desde el mundo antiguo en las más diversas sociedades; es decir que son instrumentos de comprensión que por su perduración y alcance carecen de especificidad en su aplicación, y lucen como rasgos derivados del ejercicio del poder, no como sus mecanismo esenciales. El arcaísmo conceptual, -ya sea por ignorancia o por manipulación-, se ha agudizado como consecuencia de la crisis del socialismo, que ha llevado a los sobrevivientes del socialismo autocrático, incapaces de enfrentar la renovación crítica del socialismo, iniciada a fines del siglo XX, a desempolvar el arsenal ideológico de los años 60, en lo concerniente a nociones tales como imperialismo. -se ha llegado a afirmar que Venezuela ha padecido 500 años de imperialismo-, dependencia, latifundismo y desarrollo desigual, para designar realidades, ya presentes o que se hallan cerca de estarlo, propias del siglo XXI.

14.- *Deterioro y debilitamiento de la interacción con las ciencias auxiliares.*- Lo que acabo de decir nos introduce en el delicado campo de las ciencias auxiliares de la historia. Si bien se discute sobre la adjudicación de esta condición a ciencias que ven en ello una amenaza a su autonomía, ya es hora de reconocer, en vista de la diversificación temática del estudio histórico, que todas las ciencias son auxiliares potenciales de la historia; como también ocurre, -en la medida en que las diversas ciencias incorporan y valoran con mayor énfasis los precedentes de su temática específica, y la de su condición de disciplinas evolutivas-, que la historia es potencialmente auxiliar de todas ellas. Mención especial merecen, en este aspecto, las denominadas ciencias sociales, hoy afectadas por las emanaciones de su propia sentina, y esperanzadas, quizás, de que una historiografía renovada les plantee retos y les aporte elementos que puedan ayudarlas en la tarea de achicar su sentina.

15.- *La limitada visión de la historia de Venezuela.*- En rigor, la visión historiográfica generalizada padece todavía de una acentuada estrechez, en el sentido de estudiar la evolución de nuestra sociedad prescindiendo incluso de su fase colombiana. Hasta cierto

momento esta excluyente visión de nuestra historia pudo explicarse por el afán, desplegado por la *historiografía nacional*, de legitimar el Proyecto nacional venezolano, y se llegó a atribuirla a un desorbitado nacionalismo. En todo caso, parece no haber pesado menos en esto el desdén, persistente, por el estudio de la historia comparada. Quizás ha influido en ese desdén el simplismo del materialismo histórico fosilizado, que pretendió entregarnos, de una vez, las claves para la comprensión e interpretación de la historia de nuestra sociedad y la de todas las sociedades. El no cultivo de la historia comparada ha condicionado negativamente la comprensión de nuestra historia, tenida por poco menos que original, y ha limitado, al igual que el no estimular el conocimiento de idiomas modernos y el cada día más difícil y costoso acceso a libros y revistas, las posibilidades de un ejercicio profesional más y mejor informado de los jóvenes historiadores. A estos les corresponde tomar conciencia de que esas carencias los capacita para ampliar su participación en programas internacionales de docencia e investigación.

16.- *La perversión de la conciencia crítica y el cumplimiento del deber social del historiador.* La abusiva ideologización y el cultivo del discurso revolucionario, han conducido a la pérdida de vista de que la conciencia crítica del historiador, que es conjunción del sentido histórico y del cultivo del espíritu crítico, y de su compromiso intelectual y ciudadano, reunidos orgánicamente en el deber social del historiador, son las claves para achicar la sentina de la historiografía venezolana en régimen de libertad, único admisible por quienes comprendemos que estudiar historia es aprender libertad. Las consecuencias de la perversión de la conciencia crítica y el abandono del deber social del historiador, es el debilitamiento del coraje intelectual del historiador, manifiesto, por ejemplo, en no percibir que la nacionalización del petróleo y del hierro cerró la posibilidad de que se continuase hablando de “capitalismo rentístico”, salvo que nuestros colegas economistas logren arbitrar otro malabarismo conceptual. Las consecuencias son perceptibles, también, en la subestimación del papel del poder civil en la construcción de la república moderna liberal, y en el tránsito desde la derivación

autocrática de ésta hacia la república liberal democrática. Y se manifiestan tales consecuencias, con particular gravedad, en la práctica de la cobardía intelectual disfrazada de tolerancia, por añadidura calificada de democrática.

* * * *

Recapitulando diré que es necesario y urgente achicar la sentina de la historiografía venezolana. Las emanaciones de los residuos historiográficos y metódicos allí recogidos ya intoxican, -y podrían terminar por dañarla de manera perdurable-, la reorientación de los estudios históricos. Estos ha venido ganando vigor gracias al estudio universitario de la historia, cuya fórmula esencial ha sido “la historia no se enseña ni se aprende, se estudia y se aprende a estudiarla”, y a la labor de egresados de ésta y otras escuelas universitarias de Historia, para quienes el de historiador es a la vez oficio y devoción.

Creo posible afirmar, de manera general, que el nuevo pensamiento historiográfico está sometido a creciente asedio sobre todo por dos temibles adversarios. Uno es el empleo de viejos conceptos para la comprensión de fenómenos o hechos “nuevos”. El otro es la práctica del criterio de autoridad. Ambos factores se conjugan en la inhibición de la creatividad científica.

También debo reiterar mi temor de que la abusiva ideologización, y la entontecedora reiteración del discurso revolucionario, pueden inducir a quienes las padecen, aún sin compartirlas, a perder de vista lo fundamental. Y esto es que sólo el ejercicio de la conciencia crítica del historiador, -resultante de la conjunción del sentido histórico y del cultivo del espíritu crítico-; y la observación de los compromisos intelectual y ciudadano, -reunidos en el cumplimiento del deber social del historiador-, pueden proporcionarnos la llave para achicar la sentina de la historiografía venezolana en régimen de libertad, único admisible por quienes comprendemos, repito, que estudiar historia es aprender libertad.

Para estos fines, cobran reforzada actualidad los preceptos que orientaron el movimiento de renovación académica impulsado hace ya casi cuatro décadas por profesores y alumnos de esta Escuela, algunos de los cuales están presentes, y a quienes debe ir nuestro reconocimiento. La tarea de achicar la sentina de la historiografía venezolana reclama el proseguir, con mayor energía, la orientación entonces trazada hacia una escuela universitaria de historia que fuera cada día más capaz de contribuir a que los cursantes adquirieran las técnicas de investigación, la formación conceptual, el entrenamiento metodológico y la conciencia científica, que les permitan desarrollar su sentido histórico y su espíritu crítico. Así formados iniciarán bien apercibidos su capacitación para el estudio de la historia, bien sea en el área de la investigación, produciendo nuevo conocimiento, bien sea en el área de la docencia, divulgando los resultados de su indagación crítica de los productos historiográficos.

Concluyo diciendo que no hay pesimismo en mi visión de la actual historiografía venezolana, sino fundado optimismo. Éste nace de una serena valoración de las tendencias por fin predominantes en esa historiografía, ahora vigorosa, diversificada en su temática, ya rica en lo conceptual y crecientemente afinada en lo metodológico y técnico. Es este logro el que podría verse amenazado por las emanaciones de los residuos, desprendidos de los combates historiográficos librados y ganados, acumulados en la sentina de nuestra historiografía, y es por ello que invito a achicarla radicalmente. Apreciados colegas, esto es casi todo lo que quería decirles.

Caracas, octubre de 2005.